

CHEQUE EN BLANCO

El corresponsal de TVE en Londres acaba de decir: «La reelección de Nixon ha sido acogida con agrado y simpatía entre los financieros, los industriales y los magnates del comercio del Reino Unido». En toda Europa la reelección de Nixon ha sido acogida con agrado y simpatía por esos sectores, pero con un cierto desencanto por parte de la inmensa mayoría. La inmensa mayoría europea estaba con McGovern. Los unos porque prefieren el rostro amable del pueblo americano. Los otros porque consideraban objetivamente que McGovern significaba un paso adelante en la progresión histórica.

Pero la inmensa mayoría norteamericana ha escogido a Richard Nixon. Lo han elegido con todas sus consecuencias y han dado al mismo tiempo una serie de pistas sobre el talante histórico de todo un pueblo. Durante estos últimos treinta años, la propaganda aliada ha volcado toneladas de argumentos y contraargumentos sobre las responsabilidades colectivas del pueblo alemán en las brutalidades del nacionalsocialismo: desde el genocidio judío hasta las salvajadas de la Gestapo contra todos los enemigos políticos del nazismo. El pueblo alemán se ha defendido con el argumento de que ignoraba esas barbaridades y ha rechazado esa responsabilidad colectiva. La historia la escriben los vencedores y cuando el historiador acude años después para tratar el asunto con objetividad, sólo puede dar al vencido parte de lo quitado y quitar al vencedor parte de lo que se quedó. Pero el vencedor siempre tiene la ventaja inicial del que da primero.

Nadie puede hoy negar las brutalidades nazis. Pero nadie puede hoy desconocer qué es y quién es quién en la guerra de Vietnam. El pueblo norteamericano no podrá jamás argumentar que desconocía los horrores de esa guerra. Ha sido una guerra aireada por una información que ha gozado de las garantías democráticas. En los cines de los Estados Unidos se han podido ver, si se ha querido, documentales sobre los bombardeos de Hanoi. Buena parte de la prensa norteamericana ha hablado con claridad sobre el papel norteamericano en la tortura y el terrorismo blanco contra los guerrilleros del Vietcong y la población civil que les secunda. Genocidios, torturas, todo ha quedado en la primera plana de las industrias de la información para que la conciencia pública del mundo se enterase.

Más de un 60 por ciento del pueblo norteamericano se ha dado por enterado y a continuación ha elegido a Richard Nixon, hasta ahora el más demoleador artífice de la barbaridad vietnamita. Hay pues una evidente responsabilización colectiva. Puede decirse que en 1968, Nixon fue elegido para que acabara la guerra de Vietnam. Pero en 1972 Nixon ha sido elegido para que haga lo que le dé la gana. De hecho puede hacerlo. La victoria le ha correspondido a él personalmente, no a su partido que no ha conseguido desbancar la mayoría demócrata en la Cámara de Representantes. Nixon sólo tiene ante sí cuatro años como presidente, cuatro años con un cheque en blanco en la mano firmado por más de un 60 por ciento del censo electoral. Jamás volverá a pasar Richard Nixon por la necesidad de avaladores. No puede presentarse a la reelección de 1976 y tiene por delante cuatro años locos en los que puede hacer lo que quiera.

La victoria de Nixon significa el aplazamiento de profundos cambios en la organización total de Estados Unidos. El profundo cambio que en principio, sólo en principio, representaba McGovern. Un talante conservador ha guiado la concesión del voto popular y además una real identificanamita [sic]. Los electores no han concedido importancia a la cada vez más evidente argucia del tándem Kissinger-Nixon en estas últimas semanas. Han preferido creer que el asunto de Vietnam estaba en buenas manos y no en las suyas. De hecho el electorado americano ha tratado de lavarse las manos

prefiriendo que el asunto no pasara de las manos de Nixon a las de McGovern. Ya tenemos presidente de Occidente elegido por una mayoría de norteamericanos, pero por una minoría de occidentales. Lo que Nixon haga o deje de hacer con su cheque en blanco puede abocarnos a todos a la bancarrota. En las páginas de [la sección] «Mirador» de este mismo diario, se pedía hace unos días que nos dejaran votar a los que de una u otra manera sufrimos las consecuencias del talante histórico del señor de Washington. Tranquilo, ratificado, sonriente, el señor de Washington puede volverse ahora lenta, relajadamente hacia el semidestruido rostro de Vietnam y decir: «Bueno, ha llegado la hora de empezar a hablar en serio».

Manuel Vázquez Montalbán
Tele/Expres, «Pequeño planeta», 8 de noviembre de 1972, p. 10